

Minuto 75

Por Sara Mariscal Gómez

En el minuto 75 supe que algo estaba mal. Mientras las luces del estadio brillaban y la multitud parecía ajena, yo fui de los pocos que lo notaron: en la pantalla gigante no había nada familiar, solo tribunas vacías y un reflejo imposible de mí llorando. Fue entonces cuando entendí que no estábamos viendo el partido, sino algo que aún no había ocurrido, algo que se había quebrado en un instante y solo yo parecía percibir.

Finalmente era 2026. La Copa Mundial, el torneo que había esperado desde niño, había llegado. Amaba el fútbol con todo mi ser: la adrenalina, la pasión, la sensación de que cualquier cosa podía pasar en un segundo. Después de años de ahorrar, por fin había conseguido boletos. Me levanté temprano, temblando de emoción, recordando la promesa que le hice a mi padre: algún día iríamos juntos. Su ausencia me dolía, como si faltara una pieza en mi vida. El estadio era gigante, no podía creer que finalmente estaba ahí. El primer tiempo pasó volando: pases, intentos de gol, gritos de la multitud. Argentina contra Japón, millones conectados alrededor del mundo. El marcador seguía 0-0.

Todos nos levantamos, gritando y conteniendo la respiración. Pero mi mirada se desvió al tablero y me congelé: 1-0. Nadie había visto el balón entrar. La gente a mi alrededor reaccionaba confundida: algunos celebraban, otros decían “¡No entró!”. Las repeticiones mostraban lo imposible: un delantero anota un gol en un disparo perfecto, que los jugadores juran nunca haber hecho. Mi mente estaba confundida, ¿Acaso estaba tan distraído para no darme cuenta de un gol así?

—¿Viste el gol? —pregunté al joven de mi lado. —No, me distraje con el celular... pero qué bueno que Argentina anotó —dijo, sin apartar la mirada de la pantalla.

Volví a mirar la repetición y sentí un escalofrío. Imágenes fugaces aparecían en las pantallas: tribunas vacías, rostros llorando, ambulancias, y nadie más parecía notarlo. Pensé que era un error técnico, un desajuste de cámaras, pero nadie más lo comentaba, el público seguía aplaudiendo algo que yo juraba que no había pasado.

El balón recorría la cancha de un extremo a otro. Cada jugada se me hacía eterna. Los gritos de la multitud sonaban distorsionados, como si vinieran de otro mundo. Minuto 72. Todo parecía normal para los demás, pero yo no podía apartar la vista de la pantalla. Comencé a darme cuenta de que en la pantalla había rostros llorando, desconcertados, que en la realidad no encajaban, los rostros no coincidían, miradas de terror que no lograba percibir a mi alrededor. Mientras tanto yo veía personas celebrando y alentando a sus equipos. Era como estar en dos lugares al mismo tiempo, y la sensación me helaba la sangre.

Volví a mirar el tablero, parecía interminable. Cuando el reloj marcó el minuto 75, el público enloqueció. Sentí un vacío en el estómago. Me quedé paralizado cuando las cámaras mostraron a un portero cayendo desmayado y una ambulancia entrando a la cancha, cuando en la realidad él sigue de pie, atento a la siguiente jugada; las lágrimas comienzan a aparecer en los rostros de todos en la transmisión, incluso de jugadores que están corriendo aún. Entonces el ruido del estadio se quebró: un silencio raro, como si miles respiraran al mismo tiempo. Esta vez no era solo yo quien lo sentía.

En el minuto 76, la realidad y la pantalla comenzaron a chocar. Vi al portero caer inconsciente sobre la cancha. Una ambulancia se dirigió hacia él. La gente comenzó a gritar, pero ya no era de celebración, sino de miedo. Algunos corrían hacia las salidas, otros se quedaban inmóviles, sin entender. No sabía si temblar por lo que pasaba... o por lo que aún estaba por venir. No grité, no respiré; había algo hipnótico en el desastre, una calma que me mantenía de pie mientras todo a mi alrededor se desmoronaba. Todo era confusión: gente llorando, empujones, jugadores mirando a las gradas sin saber qué hacer. Mi corazón dejó de latir por un instante. Sentí que me desmayaba... y entonces lo vi. Una imagen fugaz, imposible: me encontraba de pie en las gradas, paralizado en mi asiento, con mi difunto padre a mi lado, los dos envueltos en lágrimas. Comencé a llorar, no sabía cómo sentirme al respecto, aun así, mis ojos no podían apartarse de la pantalla.

Por un momento creí que era un error, un reflejo, una coincidencia. Pero luego él giró el rostro hacia la cámara y me miró directamente. Era su mirada, la misma de la última vez que lo vi, justo antes de prometerle que algún día iríamos juntos a un Mundial.

El estadio se hundía en el caos. Cada escena que la pantalla mostraba, segundos después ocurría: primero el portero, luego un niño desplomado en las gradas, una valla de seguridad rompiéndose en la pantalla. Después un jugador de Japón sangrando. Todo sucedía con una precisión aterradora, como si la transmisión dictara el destino.

Las cámaras se movían con rapidez, mostrando de repente rostros de aficionados que habían muerto en mundiales pasados. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y sus miradas parecían seguir cada movimiento, aunque nadie más los notara. El marcador cambiaba por sí solo, goles que nunca habían ocurrido y faltas que nadie cometía, un miedo silencioso se extendía entre todos los presentes, contagiando a cada espectador y resonando a través de cada pantalla.

Algunos empezaron a gritar que la apagaran. “¡Corten la señal!”, pedían entre empujones y lamentos. Un grupo de técnicos corrió hacia la cabina principal; los vi mover cables, golpear los monitores, desesperados. Pero la imagen no desaparecía. —¡Desconéctenla! —gritó uno de ellos, casi suplicando.

La pantalla parpadeó, solo un segundo, y luego volvió, más brillante que antes. En ese momento, un hombre con auriculares salió de la cabina, pálido, y los labios temblando.

—No podemos —dijo—. No es nuestra señal.

El murmullo se convirtió en pánico. La gente comenzó a empujar, a intentar salir por los pasillos bloqueados. Cada rostro estaba cargado de miedo y luz brillante, el resplandor de una pantalla que seguía mostrando escenas que aún no habían sucedido.

Después, todo se volvió confuso, voces que se mezclaban con sirenas y pasos que corrían en toda dirección posible. No recuerdo cómo salí del estadio, ni si alguien me ayudó o si caminé solo aun llorando. Cuando volví a abrir los ojos, estaba afuera, en medio de una multitud aturdida que respiraba como si acabara de despertar de una pesadilla horrible.

Nadie hablaba de lo que había sucedido, del marcador o en qué minuto terminó el partido, o si realmente había acabado; supongo que era irrelevante en el momento. Algunos juraban que Argentina había ganado, algunos que el partido se había suspendido. En el fondo, todos compartimos la misma duda ¿Qué fue lo que vimos

realmente? Entre el ruido de las sirenas y llantos, algunos aseguraban haber escuchado cánticos que no venían de ninguna parte, decían que la gente había comenzado a corear el nombre de un jugador que había muerto hacía años, en otro mundial. El eco aterrador de una multitud coreando a un jugador muerto, seguía presente, débil, viajando entre los suspiros de la gente, como si algunos lo estuvieran recordando desde otra línea del tiempo.

—¿Lo oíste también? —preguntó un hombre cerca de mí, todavía con la camiseta empapada de sudor. —Sí...—respondió una mujer joven, mirando al estadio. —Pero ya no se escucha nada—. Era cierto, el sonido había desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido. Solo quedaba un vacío, un silencio pesado, ese que nadie se atreve a romper para saber que hay detrás.

Llegué a casa cuando ya anochecía. Encendí la televisión para relajarme un poco, vivía solo y no tenía a quien contar todo esto. Pasé los canales sin pensar, hasta que una imagen familiar me detuvo. El estadio, las banderas, el público. Por un instante creí que estaban repitiendo el partido, hasta que leí "EN VIVO", en letras rojas. El reloj marcaba el minuto 60, 0-0. Exactamente igual, antes de que todo comenzará.

La cámara cambió de plano y mostró al público. Mi corazón se detuvo. Ahí estaba yo, en el mismo asiento, llorando, como si todo estuviera repitiéndose... o quizás, como si nunca hubiera terminado. Mis manos temblaban, la habitación estaba en silencio, oscura, solo la luz fría de la pantalla iluminando mi rostro. Di un paso hacia ella, mi corazón latía con fuerza, golpeando mis oídos. Intenté apartar la vista, cerrar los ojos, pero la imagen seguía ahí, y con ella, la certeza de que nada había terminado, ni el partido, ni el caos, ni el miedo que sentía.

Entonces lo entendí, con un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, no estaba viendo el pasado, estaba atrapado en la transmisión, y de algún modo, también formaba parte de ella. Solo pude pensar, ¿Qué ocurriría en el minuto 75? Un último parpadeo de la pantalla me hizo retroceder: en el reflejo del televisor, vi un par de ojos que no eran los míos mirándome fijamente desde detrás de mí.

FIN